Año 1962
El Norte de Castilla 6 marzo

127

51

LOS DUQUES DE WINDSOR

Los duques de Windsor han venido a España. Han recorrido diversas ciudades y permanecido en Madrid algunos días, durante los cuales fueron obsequiados con varias fiestas. En una de ellas tuve el honor de saludarles. Salvo en Biarritz, donde solían tomar el aperitivo en el bar del Palais, no les había visto nunca, sino a la manera de Mark Twain. Cuando Mark Twain fué presentado a Eduardo VII, aquél le dijo:

—Ya nos habíamos visto antes...

—No recuerdo...—contestó Eduardo VII.

—Sí—aclaró Mark Twain—. Yo estaba en la imperial de un autobús y Su Majestad iba a inaugurar el Parlamento.

Ahora, por vez primera, he podido observarle de cerca. Parece inútil la descripción de aquellos que, casi cotidianamente, aparecen en las páginas de las revistas y de los diarios de mayor circulación del globo. Sus rostros son a tal punto familiares, que en el último rincón de la Tierra se les identificaría sin dificultad alguna. No por eso merma la curiosidad que provoca su encuentro; antes bien, la acrecen. Hay como un deseo de saber a ciencia cierta si los artificios de la fotografía mejoran o empeoran la realidad. La duquesa tiene, indudablemente, un aire elegante y atractivo, una silueta que a los modistos no les creará problemas y una inteligente desenvoltura para mirar cara a cara a quienes le hablan. No es una mirada desafiadora ni impertinente, pero tampoco superficial y fría. Es una mirada en la que parece latir una viva, una aguda curiosidad por su interlocutor. El flujo y reflujo de los invitados me hizo más fácil hablarle al duque que a la duquesa, y reconozco que lo aproveché cumplidamente. Al fin y al cabo, no siempre se nos depara la ocasión de conversar con aquellos a los cuales la Historia ha atrapado en sus redes y los ha convertido, aunque efímeramente, en protagonistas de unas horas de su época.

El duque de Windsor no es un hombre alto ni atlético. Tiene la tez poblada de mil pequeñas arrugas que se la cuartean, encendida—tal vez, en la ocasión, por el viento invernal de los cotos toledanos—, acaso por contraste con el pelo, entre rubianca y canoso. Su voz es recia y ancha, una voz que yo había oído, hace ahora veintiséis años, en mi escondite del Madrid rojo, a través de la radio, pronunciando unas palabras de despedida para el pueblo del que hasta entonces había sido, sucesivamente, príncipe y Rey. Yo intento alinear de la manera menos pedestre unas cuantas frases en inglés, pero él me sale al paso con un castellano que habla con un inevitable acento británico, que espacía para paladear, para preparar cuanto dice, a fin de disminuir sus errores, si bien es gramaticalmente perfecto y, desde luego, inteligible.

—Lo aprendí en Buenos Aires—me explica, acaso cuando ya esta información es superflua, porque, de alguien que ha pasado junto a nosotros, ha comentado graciosamente—: rico tipo—. Y añade: —Desde entonces he seguido practicándolo siempre.

En aquella época—la de su aprendizaje de español—, el príncipe de Gales era tenido por sus compatriotas como su mejor agente de comercio. Su misión en Argentina había hecho aumentar las cifras de las exportaciones inglesas. Esas circunstancias y otras rodeaban su nombre de una popularidad que parecía vitalicia. Jorge V declinaba en un mundo que, aún convaleciente de la primera guerra mundial, se preparaba para la segunda, y el futuro Eduardo VIII veía aproximarse, por ley natural, la hora de ascender al trono de sus mayores. Fué entonces cuando mistress Simpson surgió a su lado. Una crisis tremenda sacudió al Imperio—lo era entonces con legitimidad de títulos—y las calles de Londres se llenaron de letreros que decían: «God save King from Baldwin.» Baldwin residenciaba a su Monarca, aún no coronado, pero preservaba de un paso en falso, de incalculables consecuencias, a la Monarquía. Baldwin prevaleció. Su tenacidad, su decisión, convirtieron a Eduardo VIII en duque de Windsor.

Todo ello es agua pasada y yo pienso en ese episodio mientras veo a la duquesa aplaudir con un convencional entusiasmo a los flamencos de un improvisado tabladillo. Hay entre los invitados aristócratas, escritores, deportistas y conocidas figuras del cine y del teatro. Está, entre otros, Vicente Parra. «¿No ha reinado Vicente Parra—me digo a mí mismo—más que el propio duque de Windsor?»

Vicente Parra—Alfonso XII, Balduino camuflado, Alfonso XIII, muy pronto...—. Igual podría preguntarle a Windsor cómo comportarse en determinada secuencia, que Windsor a él si el trono da más preocupaciones que alegrías.

Sobre los dramáticos preliminares de la abdicación se han escrito millares de artículos. A mayor abundamiento, por ahí andan tanto las Memorias de él como las de ella, «best-seller» ocasionales y, en todo caso, documentos íntimos que vale la pena de conocer. Pero la pregunta que muchos nos hacemos es ésta: ¿Se habrá arrepentido el duque de Windsor de dejar de ser Eduardo VIII? Su felicidad sentimental, ¿le habrá mitigado los remordimientos de la abdicación? Y no es que nos apasione bucear en la intimidad de unas vidas que nos son ajenas, sino que sobre ese ejemplo ostensible y palpitante nos gustaría aprender en qué medida el desasosiego y la insatisfacción espiritual originados por una conducta pública recusable pueden ser atenuados por la paz conseguida entre las cuatro paredes de un hogar. ¿Cuántas veces, en efecto, habrán sido éstas traspasadas por voces, por requerimientos, por solicitaciones de un pasado de tan singular brillantez, de tan excepcionales atractivos, de tan delicadas obligaciones? Eso no creo que llegue a saberlo ningún periodista, por muy sagaz que sea, ni ningún psiquiatra. Ese será el secreto que esta pareja ilustre y extrovertida presente siempre en todos los templos de la alegría oficial, guardará con mayor celo. Como, sin embargo, a todos nos tienta la misma curiosidad, cuando más y más minuciosamente se les observa es mientras hablan entre sí, mientras están juntos.

En un patético cuento de Maupassant, el que lo narra tropieza en un pueblecito de Córcega con una viejecita que vive en compañía de un hombre si viejo ya, bien plantado aún. Diversas circunstancias le llevan a descubrir en ella a la condesa X, que huyó en su juventud, enamorada de un soldado del regimiento de Dragones. Aquella huída, aquella historia de amor, alimentó la pequeña crónica provinciana durante mucho tiempo. Este transcurrió no en balde y con él la pasión que antaño desencadenó tan turbulento episodio. La condesa X sonríe al visitante y le muestra con un gesto, entre dulce e irónico, el hombre por el que dejó en su lejana juventud tantas cosas. Simultáneamente parece pedirle comprensión e indulgencia.

Los términos están en la realidad invertidos y su magnitud centuplicada, pero el paralelo es evidente. No ha existido, en nuestro siglo, boda morganática más notoria que ésta. El Rey de Inglaterra, Emperador de la India y defensor de la fe, de un lado, y del otro, una divorciada americana. Cualquier pareja puede permitirse el lujo de fracasar. La de los Windsor, no. Externamente, yo, ocasional fedatario, declaro que, al menos en la noche de mi crónica, sus relaciones aparentaban ser de color de rosa. Al abandono de los supremos intereses de un país para seguir los oscuros designios del corazón se le llama, lisa y llanamente, desertar. De la amargura de una vida solitaria, ni el trono de Inglaterra es consuelo suficiente. Para sentir simpatía hacia un hombre, por otra parte, efusivo y cordial, que ríe mucho y con instantáneo calor humano, basta pensar que el destino le puso en una terrible encrucijada, que le obligó a tomar una decisión brutal y a perder, fatalmente, y en todo caso, bienes esenciales, fuese cual fuese el término del dilema por el que optase.

JOAQUIN CALVO SOTELO
(De la Real Academia Española)